

La inmigración masiva en la mirada de José Ingenieros.

Los claroscuros de la segunda colonización

Ricardo Vicente*

Introducción

En los relevamientos bibliográficos efectuados, no fue posible encontrar ensayos o análisis acerca de José Ingenieros y su visión del proceso de inmigración masiva iniciado en las últimas décadas del siglo XIX. Entre las referencias encontradas se destaca la de Gladys Onega que, en su obra *La inmigración en la Literatura Argentina*, destina un apartado del capítulo sobre los positivistas al análisis de la *Sociología Argentina* de Ingenieros. Allí destaca su "concepción racista del proceso inmigratorio que generalmente es dejada de lado para no empañar su figura, pero que implica una incomprensión del momento histórico en que se mueve y una santificación gratuita del personaje".¹ Asimismo, Onega considera que Ingenieros

"...interpreta el fenómeno inmigratorio como dotado de cierta independencia pues su producción resulta aislada de las directivas y necesidades concretas de su momento histórico; así situado el papel del inmigrante como elemento motor y no instrumental, la xenofilia del autor lo conduce a negar a un sector de la sociedad nacional, con lo que no hace otra cosa que apoyar la política oligár-

* Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social, Centro de Estudios Internacionales y Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

1. Onega, Gladys, *La inmigración en la literatura argentina*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969, p. 149.

quica a la que se oponía concientemente, en cuanto ella había fomentado la inmigración y la desaparición del elemento nativo".²

Por su parte, Oscar Terán en *Positivismo y nación en la Argentina* estudia cómo Ingenieros, en tanto expresión del discurso positivista de principios del siglo, proponía "un mecanismo institucionalizado de nacionalización" ante la renuencia de los inmigrantes a nacionalizarse.³ Junto a un dispositivo de reformas integradoras basadas en la educación de la clase obrera y el mejoramiento de las condiciones de vida, planteaba una estrategia "para el tratamiento de las zonas de penumbra que el mismo proceso de modernización constituía en la Argentina".⁴

En razón de la escasa bibliografía sobre el tema en cuestión, en el presente trabajo se recurrió directamente a las obras de José Ingenieros, fundamentalmente *La evolución sociológica argentina* (publicada entre 1901 y 1910), *Crítica sociológica* (1903), *Los iniciadores de la sociología argentina* (publicada entre 1915 y 1916) y la formación de una raza argentina (1915), trabajos incluidos en la sociología argentina. De su obra *Criminología* (1916) se prestó especial atención, entre otros temas, a las experiencias que relata Ingenieros en el ejercicio de sus funciones en el instituto de criminología, donde fuera nombrado por el presidente Figueroa Alcorta en 1907. También se consultó el ensayo "La simulación en la lucha por la vida", escrito por Ingenieros como introducción a su tesis en la facultad de medicina, en 1900.

El darwinismo como base ideológica de Ingenieros

Ingenieros abrevó en la matriz ideológica característica del período 1880-1910: el positivismo de sesgo evolucionista y darwiniano. A este parámetro ideológico le adicionó, linealmente, el marxismo economicista.⁵ En su análisis de la realidad sociológica argentina —en el prefacio de la *Sociología Argentina*— señaló como premisa la "asimilación de la sociología económica a la sociología biológica" y este criterio presidió su visión de la sociedad argentina y del proceso inmigratorio, en particular, durante el período mencionado.⁶

Al fundamentar el objeto de estudio de "la Sociología como ciencia natural", en su obra *La evolución sociológica argentina* (1908), Ingenieros concibe a todas las sociedades humanas evolucionando conforme a las leyes biológicas.

2. Onega, G. (1969), p. 153.

3. Terán, Oscar, *Positivismo y nación en la Argentina*, Puntosur Editores, Buenos Aires, 1987, p. 51.

4. Terán, O. (1987), p. 52.

5. Terán, O., (1987), p. 45.

6. Ingenieros, José, *Sociología Argentina*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1957, p. 13.

"Dentro de su medio, cualquier agregado social – raza, nación, tribu, etc.– es un conjunto de individuos que luchan por la vida para conservar ciertas funciones (costumbres) y cierta organización (instituciones), que representan una variación colectivamente adquirida dentro de la unidad biológica de la especie".⁷

En consecuencia, la dinámica de las sociedades humanas se ajusta a los principios darwinistas. Variadas formas de lucha por la vida dan cuenta de dicha dinámica tanto entre los "agregados sociales" como entre "los grupos colectivos que viven dentro de cada agregado". Entre las múltiples formas en que dichos principios se manifiestan, Ingenieros señala que

"...Una primera causa de antagonismo nace de las desigualdades étnicas; hay luchas entre las razas, estudiadas por Gumplowicz, Ammond, Lapouge, Winarsky; en la evolución histórica se atenúan sus conflictos, tendiendo a unificarse bajo la hegemonía de las mejor adaptadas para la lucha por la vida, como demostraron Colaianni, Finot, Nordau y otros. Dentro de una misma raza, la diversidad de condiciones económicas, debida a la influencia del ambiente natural, determina la formación de diversos agregados políticos; se constituyen estados distintos, apareciendo entre ellos antagonismos de intereses que son causa de las luchas entre las naciones; basta recordar los estudios de Novicow".⁸

Gladys Onega, al analizar este texto de Ingenieros, destaca la significación de "los nombres de Gumplowicz y Novicow, cuyas teorías, entre otras, sirvieron de base para las formulaciones filosóficas del racismo nazi al proclamar la superioridad de la raza aria, la guerra como una forma de la lucha por la vida y la destrucción de pueblos como la supervivencia del más apto".⁹

¿Cuál es el resultado –a juicio de Ingenieros– de una exitosa adaptación en la lucha por la vida? La "selección natural" determina que las sociedades mejor adaptadas sobrevivan en la lucha y, en definitiva, de esa selección emerge el progreso entendido como "el perfeccionamiento adaptativo de la estructura y las funciones de las sociedades a las condiciones de lucha por la vida propias del medio en que viven".¹⁰

La formación de la nacionalidad argentina: La segunda inmigración colonizadora blanquea y transforma la sociedad.

En su interpretación del proceso colonizador en el continente americano y en la Argentina en particular, Ingenieros afirma que la formación de la nacionalidad argentina es, en su origen, un simple episodio de la lucha de razas. En definitiva, un capítulo de la "expansión de la raza blanca" y de su adaptación a nuevos am-

7. Ingenieros, J. (1957), p. 17.

8. Ingenieros, J. (1957), p. 18.

9. Onega, G. (1969), p. 149.

10. Ingenieros, J. (1957), p. 217.

bientes naturales y “la progresiva preponderancia de su civilización donde esa adaptación ha sido posible”.¹¹

En el caso de la Argentina, la formación natural de la nacionalidad es la resultante de dos grandes inmigraciones –casi totalmente latinas– que sustituyeron a las razas indígenas. La primera, “conquistadora”, llevó a la formación de oligarquías feudales. La segunda, “colonizadora”, “creó, por el trabajo, las condiciones económicas que marcan la evolución del feudalismo hacia el régimen agropecuario y capitalista”.¹² Este proceso de “expansión de la raza blanca” tuvo, en su primer instancia, un particular desenlace:

“A la inversa de los colonizadores nórdicos de la América Septentrional, los conquistadores mediterráneos se mezclaron con los autóctonos meridionales, formando una especie de raza mestiza. ... La formación de las nacionalidades hispano-americanas no es una evolución de la raza española en suelo americano, sino su combinación con elementos indígenas; fue infinitamente mayor la proporción de éstos y tuvieron en su favor las condiciones del clima, desfavorable a la adaptación de las razas blancas. Más tarde se le agregaron elementos africanos en la zona tropical (esclavos) y recientemente los considerables grupos europeos (inmigración libre) que en la zona templada operan una segunda colonización y transforman su régimen feudal”.¹³

De esta manera, Ingenieros hace el primer señalamiento respecto al impacto de la inmigración masiva durante el último cuarto del siglo XIX. La República Argentina, en la zona templada de la América Meridional, en este nuevo episodio de la “expansión de la raza blanca”, experimentó una “segunda colonización” orientada a la transformación de su régimen de producción.

Sin embargo, para Ingenieros no sólo operaba el condicionamiento biológico de la raza. El medio geográfico también condicionó el asentamiento de los inmigrantes, contribuyendo a modelar el perfil sociológico del país. La geografía determinó que la segunda inmigración se incorporara a la vida social en las provincias comunicadas con Europa, lo que generó

“... una gran diferencia en el desarrollo social alcanzado por las provincias del litoral y las del montañoso Noroeste, que durante el coloniaje fue una prolongación social del Alto Perú. Esas heterogeneidades sociológicas persistieron, manifestándose, en formas cada vez menos violentas, en toda la vida política del país”.¹⁴

11. Ingenieros, J. (1957), p. 26.

12. Ingenieros, J. (1957), p. 54.

13. Ingenieros, J. (1957), p. 29.

14. Ingenieros, J. (1957), p. 40.

Así, la nueva presencia inmigratoria contribuyó al histórico contraste social entre el litoral y el interior. Si bien dicho contraste persistió, el impacto de la segunda inmigración aceleró "la fusión de los núcleos dispersos del país feudal".

Ingenieros detalló —junto a los factores que hicieron posible la eliminación de las rémoras heredadas de la primera inmigración— el afianzamiento de la unidad política, el desarrollo de los medios de comunicación, la federalización de la capital, la progresiva comunidad de intereses y "el crecimiento de la población argentina de raza blanca en las regiones fértiles de la zona templada".¹⁵ Todos estos elementos contribuyeron a la configuración del modelo agroexportador, en el que Ingenieros apuntaba dos cambios socioeconómicos significativos:

"1º) la clase terrateniente se transforma de feudal en agropecuaria, iniciándose esta evolución en las provincias del litoral, cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos en el mercado internacional; 2º) la inmigración incorpora al país una masa enorme de europeos que aumentan la producción nacional y cuyos hijos determinan el predominio definitivo de las razas blancas sobre la mestización colonial".¹⁶

En este cuadro de "gran desarrollo económico" y de afirmación de la raza blanca sobre los detritus demográficos del anterior orden feudal, se produjeron cambios: el caudillo se transfiguró en estanciero y el gaucho en peón. Pero también emergió un nuevo actor social, con potencialidades mediatas: "el colono, menospreciado por aquéllos (caudillos y gauchos), sin advertir que sus hijos constituirán medio siglo más tarde la fuerza política más importante de las provincias en que se radica".

"Vasco o gallego en Buenos Aires, italiano en Santa Fe, Entre Ríos y Mendoza, disputa palmo a palmo la propiedad de la tierra al terrateniente criollo, y en parte la adquiere ... Luchando contra el latifundio, la nueva inmigración transforma el régimen feudal en régimen agropecuario".¹⁷

Los segundos colonizadores enfrentaron dos escenarios diferenciados. Si en lo político el régimen oligárquico se mostraba reticente a otorgarles protagonismo político, en el plano socioeconómico, los inmigrantes luchaban contra la propiedad feudal para convertirse en activos promotores del capitalismo agropecuario.

Pero Ingenieros advertía otra transformación a principios de siglo: el advenimiento del sistema capitalista con la generalización del trabajo asalariado. La movilidad social que acompañaba a este proceso determinaba que la división en clases sociales no se hubiera estabilizado debido a que se encumbraba un proletaria-

15. Ingenieros, J. (1957), p. 54.

16. Ingenieros, J. (1957), p. 48.

17. Ingenieros, J. (1957), p. 48.

do inmigratorio "cuyas aptitudes para el trabajo son infinitamente mayores que las del proletariado criollo, educado sobre las huellas de la colonización española". Sobre esta base se originaba una nueva burguesía que "se infiltra en la antigua clase feudal y la sustituye en todos los órdenes de la vida nacional".¹⁸ Este período de transición, caracterizado por la inestabilidad social, daría paso a una diferenciación social estabilizada en la que se replicaría el conflicto de intereses característico del viejo mundo.

En el plano político, la evolución socioeconómica, protagonizada por proletarios industriales y colonos agrícolas, precedería "a una diferenciación neta de los partidos". La política argentina durante el siglo XIX había sido monopolizada por los propietarios de la tierra, pero al "pasar de la fase feudal a la agropecuaria, el porvenir político del país ha cambiado por la incorporación de una gran masa inmigratoria de raza blanca". Correspondería a sus descendientes, enriquecidos e incorporados a la clase capitalista, "mas bien hostiles a las oligarquías feudales", arrancarles el poder político en el marco de la lucha de la burguesía capitalista contra los privilegios feudales. Ingenieros encontraba en la experiencia avanzada de la Liga del Sur —expresión política que contaba con el respaldo de los colonos del sur santafesino— una anticipación de la evolución política de la Capital y de las provincias de mayor colonización económica. A partir de este marco, la política conservadora concentraría las fuerzas de las oligarquías feudales mientras que "los nuevos argentinos de sangre europea que se incorporen a la nacionalidad se inclinarán a una política liberal—radical". De esta manera, "la inmigración europea, después de haber contribuido con sus brazos a desenvolver las fuerzas económicas del país, contribuirá con sus hijos al saneamiento de la política nacional".¹⁹ En suma, libres del estigma de la mestización, los obreros y los colonos inmigrantes, gracias a la movilidad social ascendente, se incorporarían como miembros de una pujante y revolucionaria burguesía en lucha económica con las oligarquías feudales. Tocaría a sus descendientes arrebatar el poder a la oligarquía feudal y purificar la política criolla.

A nivel de la psicología social Ingenieros observó otra transformación. Dado que "la mentalidad colectiva evoluciona a medida que la estructura social se modifica" condicionada por las leyes biológicas, comprobó el surgimiento de un 'sentimiento nacional'. Este sentimiento se definió gradualmente en "las clases más ilustradas" —descendientes de la antigua inmigración conquistadora— y en él confluían "los antiguos 'sentimientos localistas' de la época feudal". Esta 'unificación mental' verificada en la dirigencia ilustrada recibió un refuerzo "en los descendientes de la nueva inmigración colonizadora, que son ardientemente argentinos y asimilan rápidamente los rasgos esenciales de la mentalidad nacional". Concurrían a la formación del 'sentimiento nacional', "las tendencias dominantes en la

18. Ingenieros, J. (1957), p. 51.

19. Ingenieros, J. (1957), p. 52.

educación, más acentuadas recientemente".²⁰ Aquí Ingenieros reconocía el éxito político de la expansión del sistema educativo promovido por la élite dirigente: sus rasgos centralizantes y laicistas permitieron integrar a la masa inmigratoria a partir de valores seculares universalistas. De esta manera, con su efectiva asimilación, los inmigrantes pasaban a reforzar y compartir con la élite un 'sentimiento nacional'.

Esta afirmación del sentimiento de la nacionalidad otorgaba a la Argentina características diferenciales respecto a otros países de América. Para Ingenieros, el intensificado sentimiento nacionalista que acompañaba al crecimiento económico nacional, difería del "indigenismo" propio de los países americanos de la zona tropical. El demérito de éstos países era la persistencia de grandes masas de poblaciones aborígenes y un clima que impedía la adaptación de las razas blancas europeas. Por el contrario, el ingrediente europeo y su feliz adaptación al medio pasaban a constituirse en variables decisivas para la consolidación del sentimiento nacionalista en el país del Plata.²¹

En los pronósticos de Ingenieros, el futuro reservaba un rol destacado al Río de la Plata. Como resultado de "la progresiva consolidación económica y mental" de Uruguay, Brasil meridional, Argentina Central y Chile central, los países integrantes de la zona templada de Sud América se proyectarían a nivel continental. A partir del Río de la Plata, "centro de irradiación de una futura raza neo-latina", podría contrapesarse la "influencia absorbente, que suele llamarse 'imperialismo' inglés, alemán, yanqui... Ese fenómeno no podía evitarse con discursos y declamaciones; la única defensa de Sud América es el desarrollo en su seno de grandes núcleos de raza blanca, capaces de equilibrar la influencia extracontinental". En suma, la expansión de la raza blanca en la región -protagonizada por la segunda inmigración colonizadora- se constituiría en una salvaguardia frente al imperialismo.²²

En cuanto al marco internacional, desde la perspectiva de Ingenieros carecía de un perfil definitivo. En su hipótesis, las potencias del futuro quizás no serían ni la "Inglaterra que envejece, ni la Alemania que vemos en plena virilidad". No descartaba que después del Estados Unidos joven y del Japón adolescente "Argentina y Australia adquieran una influencia sensible en la política del mundo". Sólo Chile y Brasil podían compartir con Argentina la responsabilidad del porvenir latino en Sudamérica. Sin embargo, había factores que favorecían a Argentina frente a sus vecinos del Cono Sur: mientras Chile carecía de extensión y fecundidad, a Brasil le faltaban el clima y la raza.

Sólo el sector meridional brasileño tenía condiciones climáticas apropiadas para la civilización blanca. Sin embargo, el sustrato poblacional del Brasil estaba formado por una masa de negros y mulatos. "Admitido que la civilización superior corresponde actualmente a la raza blanca, fácil es inferir que la negra debe des-

20. Ingenieros, J. (1957), p. 54.

21. Ingenieros, J. (1957), p. 55.

22. Ingenieros, J. (1957), p. 56.

contarse como elemento de progreso". Por el contrario, para la Argentina estaba abierto el camino al progreso al encontrarse beneficiada por estar "libre ya, o poco menos, de razas inferiores".²³

La argumentación de Ingenieros remataba en una prognosis optimista. En sintonía con la euforia que embargaba a la clase dirigente en los tiempos del Centenario, afirmaba que la Argentina -luego de pocos lustros- afirmaría su influencia moral y material en Sudamérica: "su extensión, su fecundidad, su raza blanca y su clima templado" la pondrían a la cabeza de los pueblos latinos del continente. En cuanto al porvenir inmediato del Brasil y la Argentina, tanto por su desarrollo como por el clima y la raza, "las posibilidades están a favor del clima templado y de la raza blanca".²⁴ En definitiva, para Ingenieros un medio geográfico propicio y el aporte inmigratorio, al renovar la base demográfica de la Argentina, contribuirían de manera decisiva a cimentar la futura hegemonía argentina en el sur del continente y, eventualmente, en el mundo.

El cambio demográfico también conllevaba una renovación psicológica. En 1903, Ingenieros publicó en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* un análisis crítico del ensayo "Nuestra América" de Carlos Octavio Bunge, inscripto dentro de las posiciones más extremas del biologismo positivista argentino. En este trabajo, Bunge atribuía la tristeza de los primeros pobladores europeos de Sud América a la psicología de la raza conquistadora. Al respecto, Ingenieros sostuvo que "... la población rural de las zonas en que predomina el elemento mestizado, es triste; la naturaleza monótona y desolada la acostumbra a tediarse, reflejándose en la melancolía de su música y de sus trovas primitivas". No era sólo consecuencia de la raza sino del medio. Prueba de ello era el medio urbano de la zona templada donde la notoria presencia inmigrante creaba un ambiente más propicio a la alegría que el ambiente rural. Por otra parte,

"...en las mismas campañas el estado mental colectivo tiende a variar, por un factor importante destinado a transformar toda la sociedad argentina: la inmigración de europeos en vasta escala, la 'europeización' operada durante la segunda colonización de nuestro país. Las nuevas condiciones de vida, la forzosa actividad en el trabajo, la variación incesante del escenario en que actúa, hacen del criollo urbano un tipo alegre, vivaz, optimista, verdadera antítesis de la proverbial melancolía del mestizo legendario".²⁵

De esta forma, la psicología nativa experimentaba una transformación que acompañaba funcionalmente a los cambios producidos en los distintos planos de la sociedad argentina. La presencia inmigratoria, protagonista decisiva del proceso de urbanización, generaba nuevos comportamientos en las ciudades y contribuía a la difusión de los mismos en el ámbito rural.

23. Ingenieros, J. (1957), p. 60.

24. Ingenieros, J. (1957), p. 63.

25. Ingenieros, J. (1957), p. 100.

La raza argentina: sin huellas del mestizaje

En setiembre de 1915, Ingenieros presentó su trabajo "La formación de una raza argentina". La edición estaba precedida por una cita de Esteban Echeverría en la que afirmaba: "Pertenece a una raza privilegiada, a la raza caucásica, mejor dotada que ninguna de las conocidas, de un cráneo extenso y de facultades intelectuales y perceptivas". En este ensayo, Ingenieros trataba de precisar el concepto sociológico de 'raza argentina'. Como tal se refería a los habitantes que integraban los "límites naturales de una sociedad". Dentro de dichos límites y constituyendo la unidad nacional, sólo estaban quienes "presentan homogeneidad social y cultural, es decir, unidad de civilización". Ingenieros aclaraba que el concepto tenía "un valor distinto del que le dan los zoólogos y algunos antropólogos al término 'raza'. Nada más ajeno a nuestras ideas que atribuir caracteres antropométricos especiales a las nuevas variedades americanas de las razas blancas".²⁶

Al analizar "la formación de la raza argentina", Ingenieros tenía presente dos premisas, de inspiración darwiniana: "1º) Si las razas luchan por la vida sin mezclarse, sobrevive la más adaptada al medio y se extinguen las otras; 2º) Si se mezclan, suele prevalecer en la promiscuación (sic) los caracteres de las mejor adaptadas al doble ambiente físico-social". Estas premisas eran necesarias para comprender "la formación de una raza argentina, entendida como una variedad nueva de las razas europeas inmigradas a un territorio propicio para su aclimatación".²⁷

Con la inmigración originaria de razas blancas europeas a América, se inició otro capítulo de la lucha de razas. Los blancos se enfrentaron con las razas autóctonas en "una lucha natural por la ocupación del territorio americano". Como consecuencia, las razas provenientes de Europa "llegaron ya mestizadas de árabes y se remestizaron aquí copiosamente de sangre india y negra". En la América templada meridional el proceso de mestización produjo un progresivo blanqueamiento de los núcleos urbanos:

"...en el curso de cuatro generaciones, los descendientes de hombres blancos y mujeres indias podían considerarse prácticamente como blancos y creerse de origen europeo. En la primera generación se cruzaron blancos con indias; en la segunda, blancos con mestizas; en la tercera, blancos con cuarteronas; en la cuarta, blancos con ochersonas, etc. Se produjo así un refinamiento progresivo de los mestizos, incorporados a la sociedad colonial".

De este modo, Ingenieros describía el accidentado "proceso de refinamiento" que debió experimentar la "expansión de la raza blanca" en el Río de la Plata, sorteando las huellas del mestizaje con árabes, indios y negros, para llegar a configurar la "raza argentina".²⁸

²⁶ Ingenieros, J. (1957), p. 307.

²⁷ Ingenieros, J. (1957), p. 308.

²⁸ Ingenieros, J. (1957), p. 315.

Por otra parte, destacaba en la composición de la sociedad colonial “un detalle étnico importante”. En contraste con los angloamericanos, que forman una sola raza de blancos sin mestizar, en el tronco ibero-americano nacían dos variedades étnicas: una exigua variedad blanca, urbana y europea, encargada de promover la independencia política e iniciar la formación sociológica de la nacionalidad argentina, y una variedad mestizada numerosa, dispersa en las campañas (mestizos) y en los suburbios (mulatos) que tendía a adaptarse a las costumbres europeas o indígenas según el clima.

Las dos variedades constituían “los núcleos de dos civilizaciones distintas: la rioplatense o ‘euro-argentina’ y la hispano-indígena o ‘gaucha’. El contraste entre ambas —caracterizado por Sarmiento como ‘civilización’ y ‘barbarie’— “está en el fondo de toda la evolución argentina, coincidiendo, en sus grandes líneas, con los mayores problemas políticos, económicos y culturales de la nación”, contraste asentado en “profundas causas naturales”, y al que correspondió el desarrollo de distintas mentalidades.

“La primera variedad, además de ser europeísta por su raza, lo era por su mentalidad; hizo la revolución amparándose en doctrinas europeas y oponiéndolas al espíritu español que había primado durante el coloniaje... La nacionalidad política argentina fue obra suya... la ejecutó despues de 1852”.

Nótese que Ingenieros no se refería al logro de la unidad nacional. Si bien correspondió a la variedad europeísta la concreción de la nacionalidad luego de Caseros, aun quedaba pendiente la realización de la unidad nacional. Este último objetivo requería de la presencia de la segunda inmigración y con ella el afianzamiento de la “raza” entendida como unidad mental y social.

En cuanto a la segunda variedad, producto de la mestización, llevaba la huella de la experiencia colonial. Su espíritu colonial derivaba de los elementos hispánicos e indígenas que se habían refundido para formarlos. En tanto mestizos, representaban “la sociedad ‘gaucha’ con espíritu ‘colonial’ o hispano-americano, esencialmente distinta de la sociedad ‘argentina’ con espíritu ‘europeo’ o euro-americano (semejante a la que ya prevalece en las zonas templadas de ambas Américas)”.

Estas poblaciones mestizas, junto a negros y mulatos de los suburbios, “quedaron incorporadas a las facciones feudales que riñeron en las guerras civiles”. En cuanto a las razas autóctonas, Ingenieros afirmaba que “permanecieron absolutamente extrañas a la nueva nacionalidad de los argentinos: los indios no desearon la independencia, ni tuvieron noticia de su advenimiento”.²⁹ En consecuencia, la “herencia indiana” no tenía cabida dentro de “los límites naturales de la sociedad”.³⁰ De esta manera, Ingenieros realizaba el inventario de quienes necesariamente debían estar excluidos de la nación argentina.

29. Ingenieros, J. (1957), p. 321.

30. Ingenieros, J. (1957), p. 321.

A partir de 1852 comenzó la "constitución definitiva de la sociedad argentina". No produjo "el hecho más trascendental para los países que ocupan la zona templada: la segunda inmigración europea determinó la sustitución progresiva de razas blancas a las razas mestizadas".³¹ De esta manera, se cumplían los anhelos de los proscriptos durante la dictadura rosista. "Cuando Alberdi decía: 'Gobernar es poblar' agregaba terminantemente: 'Poblar con europeos'. Cuando Sarmiento nos incitaba 'a ser como Estados Unidos', expresaba que esa nacionalidad era 'un gajo del árbol europeo retoñando en el suelo de América'. No se equivocaban al afirmar esa predilección étnica como el fundamento esencial de toda prosperidad vendedera". Para refrendar estos planteos, Ingenieros presentaba otro dictamen avalado por el escrutinio positivo de las ciencias naturales: "Ameghino, como todos los naturalistas, repetiría más tarde que esa raza era la superior de las humanas y que a ella le estaba reservado en el futuro el dominio del globo terrestre".³² No parecía conmovér a Ingenieros, inmigrante de la Italia meridional, la inclinación de Alberdi, su gran inspirador, por una variedad de aquella "raza superior", "por las razas llamadas anglosajonas, en cuyas cualidades veía elementos de equilibrio destinados a corregir los defectos de nuestra primitiva mezcla árabe-hispano-indígena".³³

Al cumplirse el primer centenario de la emancipación, Ingenieros ve cumplirse el sueño de los precursores y el resultado de la incorporación a la sociedad argentina de varios millones de inmigrantes:

"La mejor parte del territorio pastoril fue ocupada por argentinos descendientes de los colonizadores. A los gauchos se sustituyeron los colonos; a las carretas, los ferrocarriles; a los comandantes de campaña, los maestros de escuela; una población alfabeta, laboriosa y democrática, fue creciendo en reemplazo de la analfabeta, anarquista y feudal. Esta segunda colonización europea aportó a la nacionalidad elementos casi desconocidos por la primera, esenciales para constituir una raza nueva e iniciar un nuevo núcleo de civilización: el trabajo y la cultura".³⁴

En tanto, la población mestizada pervivía en las mismas regiones donde era casi exclusiva en la época colonial. Ello se debía a las condiciones del medio poco apto para las razas blancas. De todos modos, de "las razas indígenas (ajenas en todo tiempo a nuestra nacionalidad política y social) quedan restos exigüos; están localizados en esos mismos territorios que, por sus condiciones físicas, no son propicios a la adaptación de las razas europeas".³⁵

31. Ingenieros, J. (1957), p. 324.

32. Ingenieros, J. (1957), p. 325.

33. Ingenieros, J. (1957), p. 244.

34. Ingenieros, J. (1957), p. 325.

35. Ingenieros, J. (1957), p. 326.

Como la generalidad de los hombres de su generación, Ingenieros escamoteó la contribución que hizo el general Roca a la exigüidad de la población indígena. El “conquistador del desierto”, considerado por Ingenieros como uno de los más ilustres presidentes argentinos, había justificado la muerte del indio ante la presencia del hombre civilizado como el “efecto de una ley de la naturaleza”. En términos que Ingenieros hubiera suscripto, Roca sostuvo que en “la lucha por la existencia en el mismo medio, la raza más débil tiene que sucumbir ante la más dotada, la especie que no trabaja ante la que trabaja, la especie en fin que precisa de una ilimitada extensión para vivir, ante la que le basta un espacio reducido”.³⁶

En este aspecto de los planteos racistas, Ingenieros perseveró frente al reformismo de los liberales. En 1906, al analizar retrospectivamente el proyecto de la Ley Nacional del Trabajo –presentado en el Congreso Nacional en 1904, a instancias de Joaquín V. González–, cuestionó el capítulo que otorgaba garantías laborales a la población indígena. Consideraba que “tiene más interés jurídico que práctico, pues los pocos miles de indígenas que aún existen en apartados territorios argentinos, son de hecho ajenos a la nación”. Ingenieros había aportado a González informaciones para el proyecto y fue un entusiasta defensor del mismo; sin embargo, entre los pocos cuestionamientos que efectuó a la iniciativa se encontraba el referido a la regulación del trabajo indígena.³⁷

“El indio a que la ley se refiere no es asimilable a la civilización blanca; no resiste nuestras enfermedades, no asimila nuestra cultura, no tiene suficiente resistencia orgánica para trabajar en competencia con el obrero blanco: la lucha por la vida lo extermina. La cuestión de razas... es fundamental frente a ciertas razas de color, absolutamente inferiores e inadaptables. En los países templados, habitables por las razas blancas, su protección sólo es admisible para asegurarles una extinción dulce; a menos que responda a inclinaciones filántropicas semejantes a las que inspiran a las sociedades protectoras de animales. Este criterio, puramente científico, no concuerda con el de algunos sociólogos sentimentales”.³⁸

Con respecto a los negros, Ingenieros afirmaba que “se han extinguido; los mulatos de la zona templada son cada vez más blancos”. De no haber existido este ‘afortunado’ mimetismo, esta ‘exitosa’ adaptación al medio, seguramente la perspectiva de Ingenieros hubiera sido la misma que expresó en sus “Crónicas de Viaje”. Durante su travesía a Europa, describiendo desde lo alto del transatlántico su visión de los negros de la isla San Vicente zambulléndose en el mar para recoger

36. Terzaga, Alfredo, *Historia de Roca. De soldado federal a Presidente de la República*, Tomo II, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1976, p. 177.

37. Zimmermann, Eduardo A., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1880–1916*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 178.

38. Zimmermann, E. (1995), p. 183.

del fondo las monedas que les arrojaban los viajeros, escribió que no podían sobrevivir en la lucha por la vida. "La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies animales, acabará con ellos cada vez que no encuentren con las razas blancas ...". Todo cuanto se haga en pro de las razas inferiores es anticientífico: sólo podía protegérselas para que se extingan agradablemente, facilitando la adaptación provisional de los que por excepción pueden hacerlo. "Es necesario ser piadoso con esas piltrafas de carne humana; conviene tratarlas bien, por lo menos como a las tortugas seculares del Jardín Zoológico de Londres (...)"³⁹.

La nacionalidad argentina

Ingenieros percibió, desde principios del siglo XX, la formación de una nueva nacionalidad argentina. Esta afortunada circunstancia permitiría eliminar el estigma de inferioridad étnica con el que Europa había marcado a los sudamericanos "ignorando los diferentes resultados que el clima y la segunda inmigración blanca han determinado entre la zona templada y la zona tropical"⁴⁰.

Los rasgos visibles de esta nueva nacionalidad los advertía en dos ámbitos: el ejército nacional y el electorado nacional. Con respecto al ejército, Ingenieros destacaba un acentuado contraste en su composición, comparada con la de treinta años atrás. Entonces, el ejército estaba compuesto, en su totalidad, de engañados por dinero, indígenas sometidos y gauchos que habían estado en la cárcel; no había blancos en sus filas; se contaban con los dedos los que no eran analfabetos y las 'chinas' acampaban junto a los cuarteles. En esas condiciones, el ejército era una masa de maniobras con la que "se efectuaban pronunciamientos, llamados revoluciones, y estaba en manos de sus jefes la política interna del país".

El cambio saludable se había producido durante la segunda presidencia de Rocha. En 1901, la ley Ricchieri transformó al ejército: con la implantación del servicio militar obligatorio, se modificó su composición. Salvo en pocas regiones todavía muy mestizadas, estaba integrado por ciudadanos blancos. "Asistiendo a un desfile de tropas, creemos mirar un ejército europeo; si debiéramos darle un jefe histórico, sería un euro-argentino: San Martín o Paz; nunca un caudillo gaucho". Además, una expectativa optimista acompañaba a este cambio: los soldados saben leer y ningún jefe podrá arrastrarlos para alzarse contra las autoridades civiles o para subvertir el orden político: "... Esa es la más firme expresión de la nueva nacionalidad argentina: en vez de indígenas y gauchos mercenarios, son ciudadanos blancos los que custodian la dignidad de la nación". La confianza de Inge-

39. Orioni, Julio y Rocchi, Fernando A., "El darwinismo en la Argentina", en *Todo es Historia*, n° 228, Abril 1986.

40. Ingenieros, J. (1957), p. 326.

41. Ingenieros, J. (1957), p. 327.

nieros en el protagonismo y en el rol regenerador de la segunda inmigración colonizadora resultaba evidente en este aspecto. El orden constitucional quedaba asegurado con estos "ciudadanos blancos", dejando atrás la tumultuosa actividad de los anteriores jefes militares secundada por la barbarie nativa.

El optimismo de Ingenieros también contemplaba el impacto de la presencia europea blanca en la configuración del cuerpo electoral. Constataba que el mapa electoral de la república coincidía con su mapa étnico. Mientras los partidos democráticos de izquierda tenían su mayor influencia en las zonas más europeizadas del país, los partidos oligárquicos de derecha tenían sus bases en las zonas menos europeas. De esta manera, se recreaba la clásica distinción entre las ciudades y las campañas, "entre lo que Sarmiento llamó: civilización y barbarie". Por otra parte, así como "la transformación étnica de la población argentina coincide -en general- con su transformación económica", el "progresivo refinamiento étnico de la nacionalidad" tendría consecuencias políticas, ya que el aumento de la población blanca en el cuerpo electoral comprometería a muchos "intereses creados" en las regiones menos habitables del país.⁴¹ No obstante, este acontecimiento quedaba reservado para el futuro, donde -como vimos- los descendientes de los segundos colonizadores tendrían un peso relevante. Ingenieros parecía consciente de la renuencia de los inmigrantes a la ciudadanización y de la escasa disposición del régimen oligárquico a facilitarla, por lo que las consecuencias del cambio étnico recién se concretarían "dentro de veinte o cien años" y, a su juicio, eran fáciles de pronosticar:

"En el territorio argentino, emancipado hace un siglo por el pensamiento y la acción de mil o diez mil 'euro-argentinos', vivirá una raza compuesta por veinte o cien millones de blancos familiarizados con el baño y la lectura, símbolos de la civilización".⁴²

Ingenieros advertía que, por el momento, la argentinidad no estaba "definitivamente homogeneizada". "Está en transformación. En la medida en que ella prospera y se consolida, va creciendo el sentimiento colectivo de la nacionalidad: la consonancia moral para la realización de ideales comunes".⁴³ En este itinerario de afianzamiento de dicho sentimiento, la adaptación de las transplantadas razas europeas a los desafíos del medio físico, a través de sus hijos, harían su contribución al engendrar otras costumbres sociales. Así, los Andes, la selva, el Iguazú pasarían a ser "cosas nuestras". Viviendo junto a ellas, las razas inmigradas adquirirían hábitos e ideas nuevas que constituirían una variedad distinta de la originaria de Europa. "Consolidando su organización y definiendo sus sentimientos, esta variedad local de las razas europeas va formando una raza argentina".⁴⁴

42. Ingenieros, J. (1957), p. 327.

43. Ingenieros, J. (1957), p. 328.

44. Ingenieros, J. (1957), p. 328.

Asimismo, la variedad argentina de las razas europeas, cuando adquiriera conciencia de su naciente personalidad, podría proyectarse en la historia de la humanidad. Como toda raza que "imprime variaciones especiales en el pensamiento humano de la época", la argentinidad podría aportar las suyas a la experiencia y a los ideales humanos.

El lado oscuro de la inmigración colonizadora

Según Guy Bourdó, "en el siglo XIX, para la masa de campesinos pobres europeos, ninguna motivación era más poderosa que el acceso a la tierra. Y la Argentina dispone de inmensas extensiones de tierras vírgenes... la constitución de 1853 estimula abiertamente la inmigración; el fin de las guerras civiles aporta seguridad a los bienes y a las personas; y la economía de exportación requiere mano de obra abundante". La oferta de tierras públicas argentinas, "cebo para atraer campesinos europeos", termina con la crisis de 1890. A partir de entonces, "el acceso a la propiedad de la tierra ya está bloqueado". "Desde fines del siglo XIX, los campesinos inmigrados se encuentran reducidos al rango de arrendatarios, aparceros o asalariados agrícolas. Decepcionados, dejan el campo, van a las ciudades o se embarcan rumbo a Europa". La mayor parte de la inmigración europea se dirige más hacia las ciudades que hacia el campo, más hacia el comercio y la industria que hacia la agricultura y la ganadería. Este cuadro explica el crecimiento de Buenos Aires a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Entre 1869 y 1914, época de la inmigración masiva, Buenos Aires duplica su población cada quince años. Hacia 1914, el 50,6%—casi 800.000 personas—de la población de Buenos Aires era de origen extranjero.⁴⁵

Este fenómeno multitudinario de concentración de la población en centros urbanos, resultante del proceso inmigratorio, dio origen a múltiples preocupaciones por la llamada "cuestión social" y por el problema de la criminalidad urbana. Los inmigrantes ocupados en las industrias, ferrocarriles, construcción, imprentas, puertos, servicio doméstico, transportes, comercio, etc. comenzaron a integrar un proletariado dispuesto a enfrentar a sus empleadores, presentando conflictos hasta entonces desconocidos. Ellos fueron los fundadores de asociaciones gremiales, los dirigentes de las primeras huelgas y los difusores de las ideas anarquistas y socialistas y proveyeron el contenido ideológico para la confrontación social.

El recrudecimiento de la actividad huelguística en 1902 llevó a la sanción de la Ley de Residencia, que facultaba al Poder Ejecutivo a deportar o impedir la entrada a todo extranjero condenado por tribunales extranjeros o "cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público". En noviembre del mismo año se declaró el estado de sitio, decisión que se reiteraría en años poste-

45. Cf. Bourdó, Guy, *Buenos Aires: Urbanización e inmigración*, Editorial Huemul, Buenos Aires, 1977.

riores ante enfrentamientos entre los trabajadores y la policía. Finalmente en 1910, cuando recrudeció el activismo anarquista, se sancionó la Ley de Defensa Social por la que se prohibía la entrada al país y se disponía la expulsión de ciertas categorías de extranjeros, entre ellos los anarquistas; se prohibían las asociaciones que propagaran ideas anarquistas; se regulaba el derecho de reunión y se penaba la apología del delito y el uso de explosivos, con condenas que iban desde los seis años de prisión hasta la pena de muerte.⁴⁶

A la protesta social se adicionaba otro factor de criminalidad urbana: 'la mala vida'. Las estadísticas policiales de la ciudad de Buenos Aires mostraban un incremento de los delitos contra las personas de 1000 a 3100, entre 1899 y 1914, y de los delitos contra la propiedad de 1400 a 9000, entre los mismos años. Las estadísticas, que revelaban un aumento marcado en los años caracterizados por serias dificultades económicas, fueron interpretadas como el reflejo negativo de la inmigración sobre la moral pública. La preponderancia de españoles e italianos en los arrestos policiales —sumados resultaban una cifra largamente superior a los arrestos de los nativos— contribuyó a conformar la creencia generalizada en la vinculación entre inmigración latina y crimen y, en última instancia, a la criminalización de la pobreza.

Esta interpretación hacía caso omiso al peso numérico que la inmigración había adquirido en la sociedad argentina y, particularmente, en Buenos Aires, y a la necesaria preponderancia que tal circunstancia debía ejercer sobre los índices de criminalidad. También subestimaba la influencia en el mismo sentido de la densidad demográfica, la expansión territorial de la ciudad y el desarrollo en vivienda y transporte. En suma, no tenía en cuenta la relación entre el proceso de rápida urbanización y la intensificación de la criminalidad.⁴⁷

La preocupación por este fenómeno convocó a criminólogos, higienistas y alienistas. Muchos de ellos adherían a la escuela criminológica lombrosiana, que concebía a la criminalidad como resultado de determinaciones biológicas, cuando no raciales. En la publicación *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, fundada por Ingenieros en 1902, tuvieron cabida muchas colaboraciones fundamentadas en aquella escuela. Marí señala el hecho de que estos textos "estén poblados, para definir cuestiones sociales, de términos tomados en préstamo de la biología como 'herencia', 'degeneración', 'germen', 'parasitismo social', 'profilaxis', 'organismo social', 'llaga', 'neurastenia moral'".⁴⁸ No obstante, Ingenieros no se alineó de manera ortodoxa a esta posturas y reivindicó al medio ambiente como otro factor explicativo de la criminalidad.

La actividad profesional de Ingenieros se alineaba con las corrientes reformistas que desde el propio Estado trataban de promover políticas preventivas socia-

46. Zimmermann, E. (1995), p. 161.

47. Zimmermann, E. (1995), p. 127.

48. Marí, Enrique Eduardo, "José Ingenieros. El alienista, su loco y el delito", en *Todo en Historia*, N° 173, Octubre 1981.

les y médicas. Entre 1895 y 1903, Ingenieros había participado en el movimiento socialista y anarcosindicalista, colaborando en *La Vanguardia* y *La Montaña*. Alejado de las actividades políticas, abandonó los postulados socialistas revolucionarios, adscribió al socialismo reformista y comenzó a trabajar como médico psiquiatra, dedicándose a la investigación psicosocial. En 1900, se desempeñó como jefe de clínica en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires, y desde 1907 —nombrado por el presidente Figueroa Alcorta— dirigió el Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaría Nacional.⁴⁹

En 1908, escribió el prólogo al trabajo de Eusebio Gómez —su colega en el Instituto— ‘La Mala Vida en Buenos Aires’. En el mismo, Ingenieros describía a los criminales como “espíritus que sobrellevan la fatalidad de herencias enfermizas o sufren la carcoma inexorable de las miserias ambientes”. Gómez, por su parte, ratificaba las tendencias criminales de los latinos y argumentaba que esta tendencia a la criminalidad “era transmitida inevitablemente por las leyes de la herencia, creando así un peligro permanente para la sociedad receptora”. Sobre estas ideas acerca de la peligrosidad de las tendencias criminales de los inmigrantes, se montó una campaña tendiente a lograr un control más riguroso del ingreso de extranjeros.⁵⁰

Frente a la “cuestión social”, en *Socialismo y Legislación del Trabajo* (1906), Ingenieros propuso una política de reformas que

“sea algo más que un hábil apuntalamiento de intereses, instituciones y costumbres, respetables porque han sido el exponente natural e irremplazable de su época, pero no menos naturalmente destinadas a ceder su puesto a nuevas condiciones de hecho y de derecho, más concordes con las realidades del progresivo devenir social”.⁵¹

En el análisis de las luchas sociales, Ingenieros sostuvo que en el conflicto de intereses entre capitalistas y proletarios se “polarizan energías aparentemente opuestas”. No obstante, ambas fuerzas eran concurrentes a una acción común y “tienden a equilibrarse dentro de cualquier régimen económico”. En este escenario se hacía necesaria la preventiva intervención del Estado legislando sobre “las relaciones entre el capital y el trabajo, instituyendo derechos y deberes recíprocos, mitigando asperezas, restringiendo los excesos abusivos”.⁵²

Ingenieros consideraba que el proyecto de Ley Nacional del Trabajo sometido a la consideración del Congreso por el ministro Joaquín V. González, atendía a esa línea de pensamiento. No sólo prestaba oído a las justas reclamaciones obreras, sino que apuntaba a

49. Terán, O. (1987), p. 48.

50. Zimmermann, E. (1995), p. 130.

51. Ingenieros, J. (1957), p. 138.

52. Ingenieros, J. (1957), p. 140.

“la necesidad de prevenir ciertos conflictos obreros, que recientemente habían asumido formas tumultarias y causado perjuicios graves a los intereses generales del país, sin distinción de clases, perjudicando al mismo tiempo a los capitalistas y a los proletarios”.⁵³

Pero la acción preventiva presentaba otras aristas. En el título que el citado proyecto de ley destinaba a los extranjeros se establecían algunas restricciones a la inmigración. En otro título del proyecto se reglamentaba el derecho de asociación obrera. Ingenieros comentó ambos títulos. Respecto al referido a la inmigración extranjera, consideró que su inserción en el proyecto era “lógica en un país cuyo crecimiento y prosperidad está en gran parte subordinado a la incorporación de las actividades económicas extranjeras”. En ese sentido, un país que necesitaba a la inmigración “no está obligado a recibir lo que no le conviene; restringir la entrada a los inmigrantes no es una novedad legal”. De ahí que, tras parafrasear el mensaje con el que Roca acompañaba el proyecto, admitió que contenía disposiciones moderadas y prudentes, inspiradas en las más perfectas leyes de los Estados Unidos y las colonias inglesas de Oceanía, “para la interdicción del territorio a los que sólo pueden ser en él un peligro social por sus enfermedades, sus crímenes o su corrupción”.⁵⁴

No obstante, si bien el título referido a los extranjeros “contiene restricciones de la inmigración sumamente lógicas y encomiables ... en cuanto prohíben la entrada de idiotas, locos, epilépticos, enfermos contagiosos o repugnantes, mendigos profesionales, indigentes inhábiles al trabajo, prostitutas, traficantes de esclavas blancas, delincuentes, etc.”, Ingenieros interpretaba que estas disposiciones, en tanto estuviera vigente la Ley de Residencia, servirían para la represión de los anarquistas, y tendrían una aplicabilidad policíaca.⁵⁵

De la misma manera, Ingenieros juzgaba los contenidos del título del proyecto referido a la reglamentación de las asociaciones obreras. Entendía que, dado que el derecho a agremiarse se le otorgaba a las asociaciones que no fueran contrarias al orden constitucional o a la paz social, las disposiciones “equivalen a una verdadera ley de represión del anarquismo”. Esto se apartaba de la política preventiva prescripta por la ciencia social. “La clase gobernante de la República Argentina debiera comprender que la mejor medida contra el anarquismo consiste en educar a la clase obrera y mejorar sus condiciones de vida: vivir bien equivale a pensar bien”.⁵⁶

Para el caso que la acción preventiva no fuera suficiente, Ingenieros propuso un Plan General de Defensa Social contra la delincuencia. Interpretaba que la defensa social “debe comprender la previsión y profilaxia de la criminalidad, la re-

53. Ingenieros, J. (1957), p. 159.

54. Ingenieros, J. (1957), p. 162.

55. Ingenieros, J. (1957), p. 180.

56. Ingenieros, J. (1957), p. 186.

forma y secuestación de los delincuentes en establecimientos carcelarios y la readaptación social de los excarcelados". Por lo tanto, correspondía al Estado tener en cuenta, entre otras medidas, la

"profilaxia de la inmigración ... se impone evitar que ciertos grupos sociales endosen a otros su población criminal; es indiscutible que cada Estado debe preocuparse de sanear su ambiente mediante una defensa social bien organizada y no descargando sobre otros sus bajos fondos degenerativos y antisociales".⁵⁷

En el campo de la criminalidad urbana, donde la presencia inmigratoria era relevante, Ingenieros detectaba zonas de penumbra donde junto a los "delincuentes legales" convivían otros "modos antisociales" de lucha por la vida. En su *Criminología* destacaba la existencia de "una zona vastísima de delincuentes morales que (...) constituyen en su mayor parte, la 'mala vida'". La conducta de los mismos oscilaba hasta englobarse en la inmoralidad y la malvivencia: son las "fronteras del delito", comparables a las "fronteras de la locura". Entre los seres que "fermentan en el agitado aturdimiento de las grandes ciudades modernas", existían los extrasociales, como el vagabundo o el demente. Otros eran antisociales, "como el delincuente y el sectario".⁵⁸ Calificación esta última dada por Ingenieros a los anarquistas. De esta manera, delincuentes, locos y anarquistas, habitantes de la penumbra urbana, pasaban a ser sujetos pasibles de tratamientos segregantes alineados con la defensa de la sociedad.

Por otra parte, con el progreso mental del hombre, sobrevenían conductas fraudulentas tendientes a lograr una mejor adaptación al medio en la lucha por la vida. Entre ellas, la "simulación", en un mundo darwiniano, era un procedimiento pacífico y universal para sobrevivir y adaptarse, al que recurrían todos los actores sociales y, por ende, los inmigrantes. Sin embargo, en los límites, la "simulación" pasaba a constituirse en un recurso fronterizo con la delincuencia. A manera de ejemplo, refiriéndose a las organizaciones anarquistas, Ingenieros señalaba que

"en muchos casos, las Ligas de Resistencia que los obreros organizan para la lucha de clases son simples simulaciones colectivas, destinadas a atemorizar a los patrones; conocimos una que mantuvo en jaque a los de un gremio importante, hasta descubrirse que, en realidad, sólo la constituían dos o tres sujetos, que actuaban como si representasen un poderoso sindicato".⁵⁹

57 Ingenieros, José, *Criminología*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1957, p. 169.

58 Ingenieros, J., *Criminología*, 1957, p. 20.

59 Ingenieros, José, *La simulación en la lucha por la vida*, Roggero-Ronal Editores, Buenos Aires, 1952, p. 68.

En otro ejemplo de su experiencia forense, Ingenieros relató una detección en el mundo delincriminal. Entre los ladrones que había estudiado en la clínica criminológica de la Policía de Buenos Aires, "muchísimos son los que simulan haberse dedicado al robo porque son partidarios de las ideas filosóficas de Prudhom, que dijo: 'la propiedad es un robo'". Concluía destacando que la apelación ideológica de tales delincuentes era "justificar los actos antisociales que constituyen su método de lucha por la vida".

Entre sus intervenciones como perito alienista, Ingenieros detalló un informe pericial que ilustraba un caso de "alienación simulada por delincuentes peligrosos" y sugestivo por la caracterización del homicida "simulador":

"A.G., italiano, jornalero, de 59 años de edad, no tiene familia, blanco, anarquista, indigente, de hábitos muy irregulares, constitución física robusta y estado de nutrición un poco decaído. Tiene pocos caracteres morfológicos degenerativos, acusando un estado mental bastante degenerado. Antecedentes alcohólicos. Carácter irritable, malo, impulsivo. Presenta el 'estado mental' propio de los sectarios, habiendo sufrido insistentes y prolongadas sugerencias anarquistas que su escasa cultura no le ha permitido ponderar con precisión. De regreso de la ciudad de Bahía Blanca, al llegar a Buenos Aires, supo, por la prensa y por las referencias de algunos correligionarios, que el dueño de un taller daba malos tratamientos a sus obreros, por cuyo motivo éstos se encontraban en huelga. Obsesionado por su fanatismo anarquista, que le impedía observar e interpretar los hechos de manera objetiva, tuvo la desgraciada idea de presentarse como a pedirle trabajo, con el fin de asesinarlo, lo que llevó a cabo infiriéndole una puñalada, precedida por discusión sin testigos. Una vez preso simuló un estado de confusión mental acompañado de completa amnesia del crimen que se le imputaba".

Los 'estudios' habían puesto en evidencia el fraude. El homicida "fuera de esta perturbación de la memoria revélase inteligente, de fácil elocución, con tendencia mental irresistible a discutir las ideas relacionadas con su fanatismo". Sin embargo, el sujeto, a pesar de su "inteligencia", no había asimilado la cultura dominante y sucumbió ante la prédica antisocial del anarquismo, no integrable en el orden político. El simulador fue condenado "sin atenuantes".⁶⁰ Simulador, loco u homicida, el infeliz terminó en la Penitenciaría.

En su análisis del positivismo en la Argentina, Terán afirma que, para Ingenieros,

"si las tácticas simuladoras en la lucha por la vida aumentan en orden directamente proporcional al grado de evolución de las razas, la inmigración alberga la paradoja de que junto con el progreso de sus brazos productivos y de su cul-

60. Ingenieros, J., *Criminología*, 1957, p. 239.

tura blanca y europea incluye en sus intersticios el fantasma de la simulación. Es necesario por eso instaurar un sistema de detección que permita la identificación y consiguiente exclusión de aquellos núcleos migratorios en donde la extranjería se conecta con la marginalidad. De allí que resulte correcto prohibir el ingreso al país del submundo que teje su trama perversa con los hilos de la locura, el delito, la enfermedad y el parasitismo".⁶¹

Conclusiones

Para el autor estudiado, la formación de la nacionalidad argentina era un episodio del proceso de expansión de la raza blanca europea, de su capacidad adaptativa a nuevos ámbitos naturales y del carácter superior de su civilización. El progreso que se verificaba en la Argentina a partir del último cuarto del siglo XIX, era el fruto de aquel capítulo expansivo.

La segunda inmigración europea, acaecida durante tal período, al ser portadora de la civilización blanca europea, se constituía en la protagonista fundamental de la transformación socio-económica argentina y en la instancia revolucionaria que removía las condiciones feudales de la sociedad preexistente. En ese sentido, el ascenso social y económico de los inmigrantes prefiguraba la gestación de una burguesía industrial que, replicando el enfrentamiento ya producido en Europa, entraría en conflicto con las sobrevivientes oligarquías feudales nativas. Sin embargo, desairando las expectativas de Ingenieros, en el marco del capitalismo agrario argentino, la burguesía industrial emergente, integrada por no pocos inmigrantes, no planteó una contradicción antagónica con la clase dominante y, por el contrario, mantuvo una dependencia estructural con la misma. Tampoco los inmigrantes convertidos en chacareros arrendatarios disputaron "palmo a palmo" la propiedad de la tierra a los terratenientes. Lejos de ello, durante la huelga agraria iniciada en Alcorta (Santa Fe) en 1912, si bien los "gringos" agricultores salieron de la marginalidad social y política, no cuestionaron el sistema de propiedad de la tierra.

En otro orden de cosas, para Ingenieros la presencia de la raza blanca, a través de la segunda inmigración, operaba una profunda limpieza étnica, eliminando o condenando a la desaparición, a los residuos demográficos generados por el mestizaje durante el período colonial. Vocero de la concepción eurocéntrica, que asignaba a sujetos históricos localizados en Europa la misión emancipadora del mundo, Ingenieros convirtió a los inmigrantes europeos en los misioneros destinados a la realización de la tarea revolucionaria y civilizadora en las tierras del Río de la Plata, descartando todo protagonismo de criollos o mestizos. Constructores de una nueva raza, transformadores del régimen económico, gestores de una nueva sociedad a imagen y semejanza de la europea, sólo dejaban a los hijos de la inmigración la tarea de modernizar el sistema político.

61. Terán, O. (1987), p. 52.

Sin embargo, la asimilación de la inmigración se produjo sobre la matriz delimitada por “las clases más ilustradas locales”. A ella se plegaron los descendientes de los colonizadores de la segunda inmigración. La eficacia integradora del sistema educativo montado por la clase dirigente, satisfacía y persuadía a Ingenieros acerca de las bondades del liderazgo decisivo de la élite en este ámbito. No obstante, esa tarea requería del refuerzo que aportaban los nuevos argentinos, hijos de la segunda inmigración. Serían ellos, en definitiva, quienes se asimilarían a la “mentalidad nacional” aunque no pasivamente sino mediante la participación y el consenso.

De esta manera se cimentaba, como complemento del desarrollo económico, un “sentimiento nacional” irradiando desde el Río de la Plata, zona templada y asiento de la futura raza neo-latina en gestación. Esta raza, emergente de la depuración étnica, se encaminaba en dirección a constituirse en la barrera capaz de contrapesar la influencia de los “imperialismos” extracontinentales.

Compartiendo la perspectiva optimista de las clases dirigentes, Ingenieros señaló las posibilidades que se abrían a la Argentina para influir en la política mundial. Percibía las transformaciones en el marco internacional: la decadencia británica y los cambios que se estaban produciendo en el orden hegemónico mundial. El futuro parecía reservar a la Argentina y a la Australia emergentes, la posibilidad de fijar su impronta en el escenario internacional, tras los EE.UU. y el Japón. Sin las limitaciones geográficas de Chile y sin el lastre que el clima y la presencia de la raza negra significaban para el Brasil, la Argentina —sobre una base demográfica depurada y un clima benigno— contaba con las ventajosas condiciones necesarias para afianzar su hegemonía en Sud América.

En definitiva, la segunda colonización se convertía en protagonista de las transformaciones socio-económicas, sujeto histórico que revolucionaba el capitalismo argentino, constructora de una base demográfica expurgada de mestizos e indígenas, configuradora de una mentalidad y sentimiento nacionales y renovadora de la psicología criolla mediante su aporte optimista y acorde con el progreso. De esta manera, se sentaba la plataforma para la proyección imperialista del país en el continente y, ulteriormente, en el mundo.

La perspectiva de Ingenieros escamoteaba el rol real de los inmigrantes. Lejos de ser sujetos de las transformaciones económicas y del progreso argentino, los inmigrantes vinieron a suplir una de las carencias básicas del país para su inserción en el esquema de la división internacional del trabajo: la mano de obra. De esta manera, se constituyeron en factores de producción funcionales al modelo agroexportador configurado básicamente alrededor de los intereses de los sectores terratenientes.

En cuanto a sus análisis sobre la cuestión migratoria, el concepto de raza resultaba central. La preocupación por los problemas raciales y las determinaciones biológicas de los comportamientos tenían considerable influencia en el pensamiento argentino —y latinoamericano en general— a fines del siglo pasado. A ello contribuía la conflictiva y masiva presencia de la inmigración, compuesta en su mayoría de italianos y españoles. Ingenieros no pudo sustraerse a este clima inte-

lectual que trascendía las diversidades ideológicas, estaba gestado en los países centrales y era funcional a los intereses de los sectores dominantes locales.

Tributario del paradigma biológico darwinista, Ingenieros contribuyó, de manera nada desdeñable, al deslizamiento de dichas ideas hacia el plano de lo social. Cabe señalar que, posteriormente, trató de resignificar su concepción de la raza asignándole un sesgo sociológico y fundamentándola “en la homogeneidad de intereses y de sentimientos que surge de la adaptación común a un medio determinado”.⁶² De esta manera, Ingenieros pareció acompañar el reflujo que el darwinismo experimentó durante la década del 20.

Ingenieros consideraba que la “raza argentina”, a raíz del impacto migratorio, era una “variedad de las razas europeas” felizmente adaptada al medio rioplatense. En esta línea de pensamiento, la “herencia indiana” —que Ricardo Rojas rescataba frente al “prejuicio caucásico”— no tenía cabida dentro de nuestra sociedad. Por lo tanto, la ruptura étnica se perfilaba como absoluta y la nueva base demográfica consagraba la hegemonía de la raza blanca. En consecuencia, para el autor, no se concretaba un “crisol de razas”: lo emergente era una sociedad resultante de la eliminación de la anterior, de la sustitución de las razas mestizadas e indígenas por una nueva raza, portadora de la civilización blanca europea. Una sociedad nueva que iniciaba “un nuevo núcleo de civilización”, basado en el trabajo y la cultura:

En cuanto a los efectos negativos de la inmigración masiva, Ingenieros —médico alienista y funcionario del gobierno— compartió la preocupación de la clase dirigente argentina. Por un lado, justificaba el derecho del Estado a la selección de los inmigrantes, aunque no compartía los aspectos represivos orientados a la segregación de los anarquistas. Por otro lado, participaba de la idea de que el proceso de urbanización acelerado por dicha inmigración, estaba acompañado por un incremento de la criminalidad. Diversas conductas anómalas, que iban desde la “mala vida” hasta la protesta social promovida fundamentalmente por los anarquistas, conmovían a pensadores, alienistas, sociólogos, criminalistas, etc. Expresando el juicio de la criminología positivista, Ingenieros atribuyó la conducta criminal a factores hereditarios y ambientales. En ese sentido, su postura era más moderada que la de otros colegas que enfatizaban el determinismo biológico en la explicación de la criminalidad entre los inmigrantes.

Al caracterizar las patologías urbanas, Ingenieros delineaba el ámbito de los excluidos: los extrasociales (vagabundos y dementes) y los antisociales (delincuentes y anarquistas). En este campo, la “simulación en la lucha por la vida”, que acompañaba la evolución de las razas, confería ambigüedad a las conductas. Los locos, vagos, delincuentes y sectarios formaban parte de los males urbanos, a los cuales contribuían, sustantivamente, los inmigrantes, representantes de una raza más evolucionada y, por ende, más propensa a la simulación. A partir de esta comprobación, la ciencia positiva escudriñaba en el escabroso terreno de las conduc-

62. Ingenieros, J (1952), p. 64.

tas anómalas o antisociales, a fin de desmontar los mecanismos de simulación y lograr una más adecuada intervención del Estado. Asimismo, reclamaba dicha intervención en dos planos: en el nivel preventivo, mediante el mejoramiento de las condiciones de vida; y por otro lado, mediante la internación en las cárceles, el aislamiento o la readaptación de los antisociales.

De esta manera, Ingenieros, como director de observación psiquiátrica del Departamento de Policía, legitimaba desde su especialidad la defensa de la salud del cuerpo social. Se trataba de un escenario –fines del siglo XIX– caracterizado por Foucault por la introducción de la psiquiatría en la medicina legal. De esta manera, desde la ciencia se proporcionaban los criterios de “verdad” y de “objetividad” necesarios para que el poder hegemónico asegurara la conservación del orden social.⁶³

De allí que la cuestión no era científica sino política. El caso de AG, el inmigrante italiano, que no pudo ser integrado por el sistema educativo argentino, resultaba paradigmático. El peritaje policial señaló que su “escasa cultura” lo hizo vulnerable a las “sugestiones anarquistas”. Por otra parte, destacó que su fanatismo le impedía percibir la realidad objetiva; esa objetividad definida por el poder y que la ciencia positiva, a través de la criminología y la psiquiatría, legitimaba. En este caso, lo inaceptable era que los “sectarios” se atrevieran a cuestionar la objetividad de la verdad del poder. Por lo tanto, frente a estas “obsesiones”, la prevención y la represión eran las caras que asumía la administración y control de la población, en general y de la inmigración, en particular.

La propuesta anarquista canalizaba el descontento resultante de las condiciones laborales y sociales de los trabajadores, en su gran mayoría inmigrantes. Las esperanzas promovidas por el modelo agroexportador se frustraron para aquellos que vivían en condiciones de desarraigo y explotación. Los gremios y círculos anarquistas se transformaron en espacios de pertenencia para muchos inmigrantes, defraudados en sus aspiraciones de ascenso social, y en espacios de participación para plantear sus reivindicaciones. Además, el proyecto anarquista canalizaba el descontento contra el Estado y sus manifestaciones como el orden legal, la patria y el Ejército. Previsiblemente, el régimen oligárquico –con la colaboración de la ciencia positiva– reprimió y descalificó al anarquismo como alternativa política al orden. Desde la perspectiva científica, compartida por Ingenieros, los anarquistas integraban una secta fanática, cuya prédica prosperaba a favor de la “degeneración mental” de individuos como el jornalero italiano. En definitiva, la prédica anarquista aparecía desfigurada y presentada como disparadora de una cadena etiológica que desembocaba en una acción criminal. En este marco, muchos colonizadores de la segunda inmigración pagaron tributo a la evolución de la raza: para el poder oligárquico y sus epígonos, la simulación se había transformado en una coartada destinada a encubrir actitudes sectarias contra el orden social.

63. Foucault, Michel, *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.

RESUMEN

La finalidad del presente trabajo es analizar la visión de José Ingenieros acerca del proceso migratorio que afectó la estructura demográfica de la Argentina a partir del último cuarto del siglo XIX. Asimismo, se examinan los aspectos de la propuesta y de la labor de Ingenieros destinados a prevenir los efectos "negativos" de aquel proceso. En función de estos objetivos se estudia la conceptualización empleada por el autor. En este aspecto, Ingenieros es tributario de la matriz ideológica positivista y darwiniana, característica del período 1880-1910. De esta manera, desde una perspectiva marcadamente racista, la inmigración es considerada como un capítulo de la "lucha de razas".

Los inmigrantes, integrantes de la que Ingenieros define como "segunda colonización", contribuirían con su presencia en la Argentina a eliminar los detritos demográficos del pasado colonial. Por otra parte, serían protagonistas de la transformación económica, social, ideológica y política del país con lo cual se desconoce el rol instrumental que cumplieron los inmigrantes al servicio del modelo agroexportador.

En cuanto a los aspectos "negativos" de la inmigración, particularmente visibles en el ambiente urbano, el autor comparte -aunque con reservas- las preocupaciones y los criterios selectivos empleados por la clase dirigente argentina para evitar los males generados por la presencia masiva de los nuevos habitantes del país. En este plano, las propuestas del autor, así como su propia práctica como médico psiquiatra, aparecen presididas por criterios científicos que, en realidad, encubren y sirven a los objetivos políticos y sociales del orden conservador del período.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to analyze José Ingenieros' view of the immigration process that affected Argentina's demographic structure from the last quarter of the XIX century. Ingenieros' proposal and work to prevent the "negative" effects of that process are also examined. The author's conceptual framework is studied against these objectives. In this respect, Ingenieros belongs to the positivist, Darwinian ideological mould, characteristic of the 1880-1910 period. Thus, from a markedly racist standpoint, immigration is considered to be a chapter in the "race struggle".

The immigrants, belonging to what Ingenieros defines as the "second colonization", were to contribute by their presence in Argentina to the removal of the demographic debris of the colonial past. On the other hand, they were to be the leaders of the economic, social, ideological and political transformation of the country, with which the instrumental role played by immigrants in the service of the agro-export model is ignored.

With regard to the "negative" aspects of immigration, particularly visible in the urban context, the author shares -albeit with reservations- the concerns and selective criteria used by the Argentine ruling class to avoid the evils generated by the massive presence of the country's new inhabitants. At this level, the author's proposals, as well as his own practice as a psychiatrist, appear to be ruled by scientific criteria which, in fact, conceal and serve the political and social objectives of the conservative regime of the period.

Bibliografía

- Bourdó, Guy, *Buenos Aires: urbanizaci3n e inmigraci3n*, Editorial Huemul, Buenos Aires, 1977.
- Foucault, Michel, *Los anormales*, Fondo de Cultura Econ3mica, Buenos Aires, 2000.
- Ingenieros, José, *Sociología Argentina*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1957.
- Ingenieros, José, *La simulaci3n en la lucha por la vida*, Roggero-Ronal Editores, Buenos Aires, 1952.
- Ingenieros, José, *Criminología*, Elmer Editor, Buenos Aires, 1957.
- Onega, Gladys, *La inmigraci3n en la literatura argentina*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969.
- Rapoport, Mario y colaboradores, *Historia econ3mica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2000.
- Revista *Todo es Historia*.
- Terán, Oscar, *Positivismo y naci3n en la Argentina*, Puntosur Editores, Buenos Aires, 1987.
- Terzaga, Alfredo, *Historia de Roca. De soldado federal a Presidente de la República*, Tomo II, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1976.
- Zimmermann, Eduardo A., *Los liberales reformistas. La cuesti3n social en la Argentina, 1890-1916*, Editorial Sudamericana, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1995.